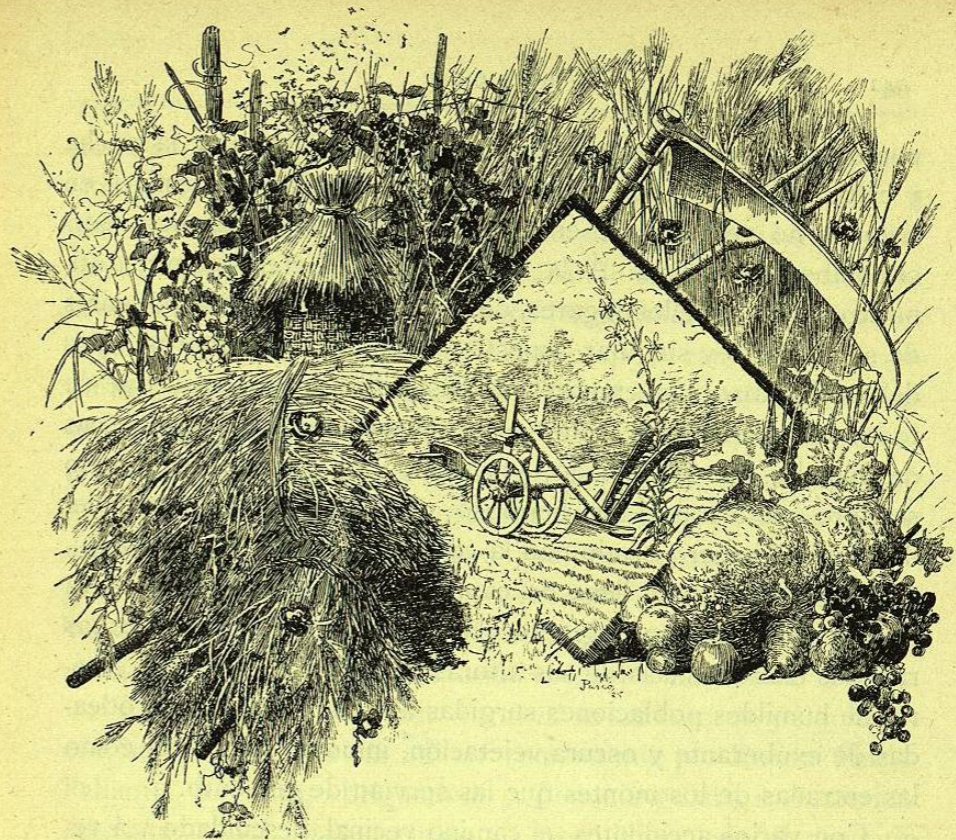


de sangre, era respetado de la destrucción por liberales y carlistas. La extinción de las órdenes monacales, dejó huérfana aquella santa casa de sus piadosos varones, y en semejante estado hubo de permanecer hasta que la expulsión de los religiosos hecha recientemente por la República Francesa, trajo á España la Comunidad á quien cedió el gobierno el edificio, en cuya conservación y reparo se afana ciertamente como concedora de la reliquia que le ha sido tan noblemente confiada, y con mayor amor en verdad, que pudieron hacerlo los monjes de pasadas edades. Quiera el cielo perpetuar en las venideras la existencia de este monumento incomparable, que honra de tal modo á Castilla y en especial á Burgos.



### CAPÍTULO XXIII

Peñalba de Castro — La Colonia Sulpicia Cluniense — Su situación — Su teatro — Ruinas de la antigua ciudad — Abd-er-Rahmán III y Clunia — La Ermita de Nuestra Señora de Castro — Memorias inéditas epigráficas de Clunia — Coruña del Conde — Su castillo — Su ermita del Santo Cristo — Peñaranda de Duero — El palacio de los Condes de Montijo — La Vid — El convento de nuestra Señora — Aranda de Duero — La parroquia de Santa María — San Juan Bautista — Memorias históricas de Aranda — Nuestra Señora de las Viñas — Gumiel de Izán — La Parroquia de Santa María — Lerma — Sus memorias históricas — Su famosa Colegiata — La estatua del Duque-Cardenal — El Palacio — La Abadía de San Quirce

No había aún aparecido en el Oriente el luminar del alba, cuando sobre el ancho é incómodo aparejo de grave y sesudo rucio, abandonamos á Silos, trepando al S. por enriscada y pedregosa pendiente, tras de la cual quedaba oculto el pueblo por las sinuosidades de los montes que le circundan



como un anfiteatro, extendiéndose á poco la vista por la ancha y cultivada meseta que se abre en aquellas alturas, testigo en tiempos no remotos de encarnizada lucha entre los dos ejércitos liberal y carlista. Á la azulada luz del crepúsculo matutino, tomaban aquellos lugares, desiertos en tal hora é imponentes de suyo, vario y singular aspecto; y cuando los primeros rayos del sol doraban las cumbres de las áridas eminencias que de todos lados aparecían, como olas amenazadoras y gigantescas de revuelto mar petrificado,—habíamos ya ganado el umbroso sendero que á través de hermoso y dilatado pinar se tiende, después de haber gozado con la contemplación de aquella naturaleza montuosa, tan llena de caprichos, y que ora en la masa de rocas que levanta fingía seculares construcciones, ora en las rugosas excrescencias de sus alturas simulaba el desigual case-río de humildes poblaciones surgidas allí de improviso, y rodeadas de exuberante y oscura vegetación, inmóvil y sombría como las entrañas de los montes que las servían de cimiento.

Con varios accidentes, el camino vecinal, descuidado y á veces peligroso, aunque siempre pintoresco, proseguía incansable desarrollándose á nuestra vista como el ovillo del anciano de las *Mil y una noches*, saltando sobre las rocas, introduciéndose como una serpiente entre los tajados y perpendiculares muros de profundas grietas, enroscándose bizarramente en torno de las alturas, bajando con rapidez por escarpados planos, subiendo en ondulantes movimientos por las vertientes de las cimas, ocultándose luego bajo las copas de algún bosque, y tendiéndose por último en las llanuras para seguir adelante y sin fatiga, cruzando arroyos, atravesando tallares ó borrándose por completo entre la tostada hierba, en aquella región de la Celtiberia habitada por los antiguos arévacos. Era así cómo, después de algunas horas de marcha, se deslizaba por la placentera y granítica garganta que conduce y guía al pueblo apellidado Huerta del Rey, subiendo por el modesto puente tendido sobre manso y cristalino manantial, en cuya tranquila superficie se miraban

como en un espejo las calcáreas rocas, y cómo penetraba por el lugar mencionado, corriendo paralelo al arroyo que lleva á éste sus aguas encauzadas, donde, en animados grupos se ofrecían, tostadas por inclemente sol, lavando en diversas posiciones las mujeres. En la altura de la derecha, levantaba majestuosa su mole de sillares y su espadaña el templo; y el camino, recobrando luego su primitiva dirección meridional, proseguía sin detenerse por el grieteado monte y la pradera al fin, sombreada ésta al principio y de trecho en trecho, irregular y pobremente, por algún que otro árbol, cansado y cubierto de polvo, de añoso tronco retorcido y surcado de oscuras y profundas arrugas; árida, fatigosa después, abrasada por los rayos solares que caían como lluvia de fuego sin amparo ni refugio en aquel despoblado que parecía sin término, y cuya refracción sofocaba lastimando la vista.

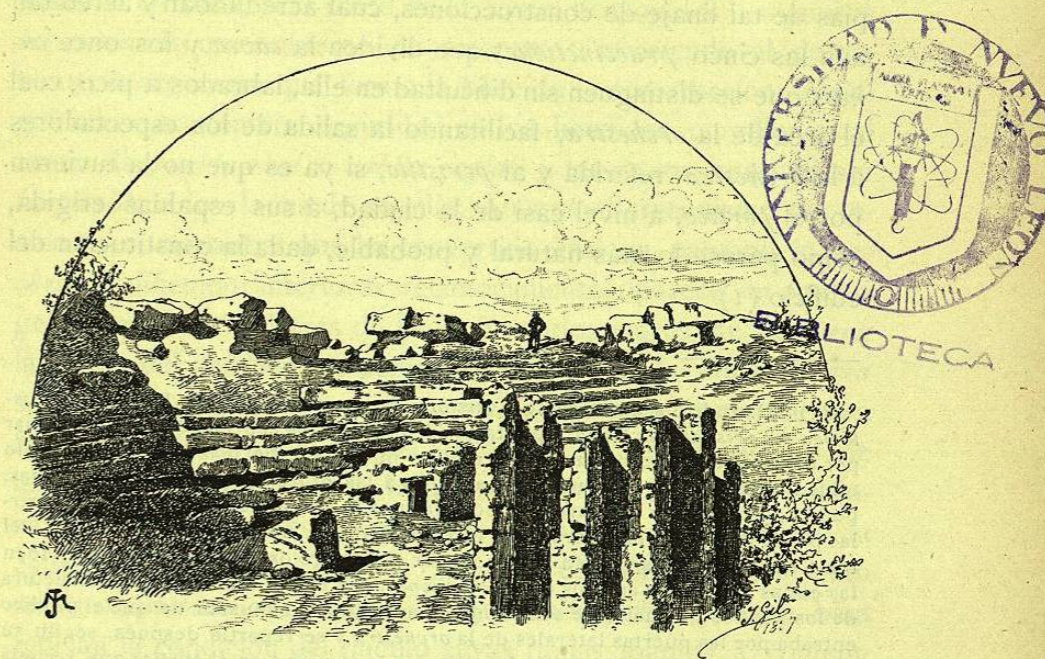
Torciendo á la izquierda á través de las labores, y siguiendo casi las huellas de la vía militar romana que por Randa, Pintia, Pallantia, Intercatia, Brigaetium y Bedunia guiaba á Austurica-Augusta,—cual oasis fecundo y maravilloso, con el ansia de quien espera y apetece dar descanso al cuerpo fatigado por ocho largas horas de camino en caluroso día del mes de Julio, descúbrese al pie y en las estribaciones del NE. de elevado y pedregoso cerro, cuya silueta recortada y de pronunciados salientes dibujaba sobre el azul del cielo sus penachos de plantas doblegados por la abrasadora acción del astro del día, la humilde Villa de Peñalba de Castro, la misma aldea que desde 1674 y por privilegio de la madre y tutora del desventurado Carlos II alcanzaba el rango de villa, y á cuya jurisdicción pertenece el triste despoblado en que trocó la inclemencia de los hombres y de los siglos las galas y los arreos de la antigua, de la celebrada, de la noble Colonia Clunia Sulpicia, cuyas ruinas habían excitado nuestra curiosidad y nos habían impulsado á cruzar los montes Idúbeda y la Sierra de Carazo, revuelta y encrespada, árida y molesta, solitaria y triste, para conseguir nuestro deseo de saludar aquellas venerandas reliquias de las



antiguas razas españolas sometidas al postre bajo la pesadumbre de las legiones de Roma.

Con la doble emoción del cansancio y del invencible respeto que inspira la majestad caída; con el amor que engendran las memorias gloriosas de la patria, y la satisfacción de quien al fin se halla en presencia del objeto codiciado, cruzamos en nuestra dócil y humilde cabalgadura las pedregosas calles de Peñalba, solitarias y desiertas, y cuya población se entregaba en masa á aquella hora á las agrícolas faenas en el campo, descubriendo á nuestro paso por ellas y con especialidad en la *de la Fuente*, que es la principal de la Villa, insignes restos de aras y de cipos, de columnas y de *stellas*, de frisos y de epígrafes, utilizados en la construcción de aquellos tan modestos edificios, restos que eran para nosotros agudo acicate que espoleaba nuestro deseo, y hacía como por encanto desaparecer y borrarse las huellas de nuestra corporal fatiga. Prescindiendo de ella y acompañados por el joven é ilustrado párroco, cuya galantería jamás alabaremos lo bastante, subimos faldeando el cerro por las riscosas estribaciones orientales, formadas de fuertes y altísimos peñascos que parecen, después del transcurso de los siglos, ser obra de los hombres, y no sin molestia llegamos á la altura, donde se ofrecía á los ojos dilatada planicie que constituye la vega de Hinojosa y Quintanarraya, fecundadas por el Arandilla cuyo curso sigue por la parte meridional del precitado cerro. Hollaban nuestros pies las deformadas graderías de insigne monumento, coronadas de silvestres hierbas y labradas á pico en la roca, las cuales iban poco á poco ensanchándose en semicircular movimiento hasta la parte baja, sitio en el cual, determinando el diámetro, se levantaban carcomidos, de contornos redondeados y sin forma, labrados de aquel mortero que en vano han querido imitar los constructores de otras edades, pero erguidos y fuertes todavía, desafiando con arrogancia el tiempo, denegridos muros sobre los que lanzaba incansable el lumínar del día sus poderosos y punzantes dardos.

Era aquella la vez primera que en la provincia de Burgos contemplaban nuestros ojos reliquias de la antigüedad romana, y la vista del derruído *Teatro*, suntuoso y magnífico otros días, ya lejanos, hacía latir nuestro pecho, considerando la grandeza que hubo de ostentar la antigua ciudad arévaca, sometida al postre por Afranio al yugo de la prepotente Roma,



CLUNIA.—RUINAS DEL TEATRO ROMANO

según lo proclamaban las ruinas de aquella construcción, erigida como las de su especie fuera de la ciudad murada, en los *vicos* ó suburbios, y donde hallaban solaz y esparcimiento las cultas muchedumbres. Con aquel conocimiento que distinguió siempre á los romanos, levantada la ciudad en la extensa cima de la eminencia aislada por la cual se domina y señorea de todos lados la planicie, que en torno se dilata, había sido erigida la fábrica del *Teatro* en aquel lugar ventajoso, resguardado de los vientos, aprovechando el natural declive del empinado cerro, cuyas en-



trañas de resistente roca el arte convertía poderoso en forzados auxiliares, labrando en ellas la espaciosa gradería del monumento; y si bien circunstancia semejante obligaba á alterar la distribución, despojándole de los vomitorios por donde buscaban cómoda salida las muchedumbres después del espectáculo,—atemperábase en lo demás de su organismo á las necesidades propias de tal linaje de construcciones, cual acreditaban y acreditan aún las cinco *praecinctiones* que dividen la *cavea* y los once *cuneos* que se distinguen sin dificultad en ella, labrados á pico, cual el área de la *orchestra*, facilitando la salida de los espectadores á la *orchestra* referida y al *peristilo*, si ya es que no la tuvieron por el *pórtico*, á nivel casi de la ciudad, á sus espaldas erigida, como parece lo más natural y probable, dada la constitución del edificio (1).

(1) El erudito académico de la Historia Sr. Loperráez, en su *Descripción histórica del obispado de Osma*, apunta la idea de que los espectadores debían bajar por los *cuneos* de la *summa cavea* « á cuyo fin les dieron más que los que hallo tenían otros Teatros y la suficiente anchura á las *praecinctiones*, ánditos ó fajas; pudiendo atribuirse omitieron las bóvedas por la dificultad que hallaron en abrirlas por la dureza de la piedra ó por otro motivo que no alcanzo » (pág. 371 del tomo II); y si bien es verdad que es mayor el número de escalinatas que dividen las cuñas y el de los ánditos ó *praecinctiones*, con relación á la general estructura de los Teatros, lo cual hace semblante de autorizar el supuesto de que el público entraba por las puertas laterales de la *orchestra* y se repartía después, según su categoría, en la *prima cavea*, en la *media*, en la *summa* ó en el *pórtico* que recogía el Teatro y le unía á la escena, no deja sin embargo de ofrecer alguna dificultad para el buen orden del espectáculo y la comodidad de los asistentes el obligarles á bajar de la ciudad para subir la gradería por las escalinatas que forman las cuñas y tomar asiento, y luego verse en la precisión de bajar al llano para tornar á subir á la ciudad. Más acomodado á la conveniencia se nos antoja el que se diese entrada por el *pórtico* que coronaba el edificio, por tantas puertas como eran las cuñas, y de este modo, quedaba obviado el inconveniente. Describiendo por su parte las ruinas del Teatro, el diligente D. José Arias de Miranda, dice, luego de asegurar que los restos de este edificio se conservan «no tan deteriorados que no permitan á primera vista reconocerlos y estudiarlos detalladamente:» «Por lo alto del cerro que mira al Poniente y Norte descuellan peñas, y al lado de la más alta sale el camino de bajada al valle y al pueblo de Peñalba. A la derecha de este paso, cara á cara al Cierzo, tuvieron la singular ocurrencia [los romanos] de fundar el teatro, abriendo á pico la gradería. Acaso por falta del suficiente espacio para construirlo en el cuerpo de la población fué preciso abrir un rellano donde colocarlo en sitio poco aparente como el de la cuesta rápida y el contorno mismo de la muralla, que para esto habría que cortar. Tiene por aquella parte el monte su mayor

Apartándose pues en esta forma de los demás Teatros, y en mayor estado de integridad que el celebrado de la antigua y venerada *Augusta Emerita*, allí denominado por el vulgo conforme á tradición no autorizada *las siete sillas* (1), conserva el de Clunia no sólo bien determinado el *púlpito* ó *proscenio*, donde se halla todavía huellas de las columnas aisladas de que hablaba Vitrubio, sino parte de la *scena*, despojados los muros del revestido que hubieron de ostentar, y ofreciendo al descubierto la argamasa que formó la base de la construcción, distinguiéndose con entera seguridad en los hendidos murallones al centro la *puerta real* ó *valvae regiae*, y las de los huéspedes ú *hospitalia*, á los lados de aquella. Aunque el crecimiento del terreno y el manantial que ha convertido casi en pantano la *orchestra*, dificultan ulteriores reconocimientos, parece sin embargo advertirse aún detrás de los deformados muros de la *scena* la planta del desahogado *peristilo*, como sobre la *summa cavea* se indica el emplazamiento del *pórtico*, sitio en el cual nace otra fuente que se derrama por las graderías, llenas un tiempo de multitud agitada por las emociones dramáticas ó cómicas producidas por las representaciones que llamaron á aquel recinto la culta población de la *Colonia Sulpicia Cluniense*. No sin sentimiento, apartamos la mirada de aquellos lugares, que tan bien reflejan la condición del pueblo cuyas ruinas íbamos á contem-

declive, y para abrir los cimientos sobre firme, hubo que vencer la dureza de la roca y labrar á pico en ella la gradería semicircular donde tomaban asiento los espectadores, circunstancia que impidió su destrucción...» «Se distinguen muy bien las puertas de entrada y salida del público, vomitorios, los *cuneos* ó *anditos* para el tránsito, el *podio* ó lugar reservado á los magistrados, y las *precintaciones* ó fajas divisorias para demarcar los distintos órdenes de asientos que, según su clase, ocupaban los concurrentes.» «Frente á las gradas se conserva en pie una parte de la pared divisoria entre el proscenio y la orquesta con restos de los departamentos interiores y todos los accesorios que necesitaban para sus faustos espectáculos los señores del mundo » (*Noticia de la antigua ciudad de Clunia*, artículo pub. en la *Revista de España*, t. IV, pág. 438).

(1) Los lectores que lo desearan, pueden consultar respecto del Teatro de Mérida, la Monografía que á su estudio dedicamos en el *Museo Español de Antigüedades*, t. X, págs. 497 á 509.



plar, y con el alma llena de tristes pensamientos, considerando la pequeñez humana, salvamos las escabrosas y desiguales líneas que separan de la que fué ciudad los restos del *Teatro*, repitiendo con el erudito vate de Sevilla, Rodrigo Caro, los tan conocidos versos de su *Canción* tanto tiempo controvertida:

Estos, Fabio, oh dolor! que ves agora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo *Clunia*...

Mustio es el collado, en verdad, que sirvió de asiento á Clunia; de soledad son los campos labrados en barbecho que se dilatan á la vista...; triste el cuadro que se contempla en aquella altura, cuya aridez atenúa la imaginación, poblándole de suntuosos edificios que ya no existen, y cuyo polvo huellan nuestras plantas con religioso respeto, cual si á nuestro paso surgiera de la nada aquella población famosa de la provincia Tarraconense, cuya jurisdicción llegaba hasta los límites del turbulento mar cantábrico. Nunca tuvieron más propia aplicación los inspirados versos del historiador de Utrera; y mientras buscaba ansiosa la mirada entre aquellos surcos abiertos por la indocta mano del labriego, las huellas de un mundo desaparecido, descubría entre la removida tierra, ya trozos de peregrinos mármoles labrados, ya de delicado *pórfido* de Egipto, ya restos de cornisas, ya fragmentos de ladrillos, ya de utensilios de barro, estela luminosa hoy á los ojos de la ciencia, que deja en pos de sí la humanidad cual única memoria sepultada en el avaro polvo de los siglos (1).

(1) «Casi á flor de tierra—decía en 1868 el Sr. Arias de Miranda, en el artículo citado,—se descubren basamentos alineados de columna, que en el siglo pasado, cuando estuvieron en este sitio el docto P. Flórez y el erudito D. Juan Loperráez, salían por encima de la superficie.» «Hoy los cubre una ligera capa de cascajo que impide verlos de pronto.» «Había entonces también—añade,—muchos fragmentos de cornisas, frisos y molduras que ya no se encuentran á no ser cavando, y algo más abajo se tropiezan grandiosas obras subterráneas, sótanos embovedados, mosaicos, algibes, cloacas, silos, pavimentos marmóreos, que puestos al descubierto limpiándolos de escombros, llegaría á conocerse perfectamente el trazado general de la ciudad, la planta de sus edificios, la alineación, largura y ancho de

Aún quedan en pie algunos restos de incolora construcción; paredes grieteadas y carcomidas que, á modo de quejas solitarias, se levantan en aquella planicie, abiertas en ellas las oquedades que sirvieron de asiento á las vigas de la techumbre; todavía se advierte algunas entradas cubiertas de hacinados escombros, por las cuales nadie es osado á penetrar, y con frecuencia descubre el acaso pavimentos de mosaico á cierta profundidad, que marca el antiguo nivel de la ciudad de Clunia. Cuánta grandeza revelan aquellas dolorosas ruinas, y cuánta magnificencia aquellos trozos de mármoles y de pórfidos que con asombrosa abundancia se ofrecen á flor de tierra por toda la extensión del collado, capaz para una población de sesenta mil vecinos (1), cuyos contornos constituye «una lastra de piedra fuerte», y cuya coronación «muy escarpada», forma «un viso de muralla con cubos, torreones y baluartes, la que sigue los picos y valles que tiene el sitio, á excepción de la parte del Oriente alto, que se extiende y se eleva algo más la falda», lo cual no era obstáculo «para que sus habitantes la cercasen de murallas, como se advierte por partes y se descubre en otras á muy poco que se cave» y profundice (2).

No son, sin embargo, todas aquellas ruinas de la ciudad ro-

las calles; tendríamos, por fin, en España nuestro Herculano y nuestra Pompeya, á donde acudirían de todas partes inteligentes á estudiar en los monumentos la administración íntima y gobierno local que la señora del Tíber llevó á sus inmensos dominios» (*Revista de España*, t. IV, págs. 436 y 437).

(1) Así lo afirma Loperráez, indicando que «desde la subida de la Villa de Peñalba, hasta la baxada de Coruña, que por estar en sus extremos (los del emplazamiento de Clunia), se atraviesa por medio todo el largo del sitio, tiene tres mil seiscientos pies castellanos, y desde el norte al sur, que es todo su ancho sin entrar los pisos, tres mil doscientos: siendo el grandor de toda su circunferencia de veintitrés mil diez pies, llano capaz para una ciudad de sesenta mil vecinos, como me consta por el trabajo que tomé de medirlo á cordel, por parecerme—dice—que lo que hizo el Escribano de Coruña por pasos regulares y cita el R. P. Flórez, no es tan puntual como lo referido» (*Descrip. hist. del obisp. de Osma*, t. II, pág. 322). Copiando estos datos el señor don José Arias de Miranda, asegura que «el espacio edificable puede contener sin estrechez una población de 80,000 almas.»

(2) *Id.*, *id.*, *id.*, pág. 321.